

# CIUDAD, MORFOLOGÍA Y ALIENACIÓN SOCIAL

ORLANDO DE LA ROSA

*"Si al principio pudiéramos saber dónde estamos y hacia dónde vamos podríamos juzgar más adecuadamente lo que tenemos que hacer y como hacerlo."*

*Abraham Lincoln*

En este artículo deseo explorar algunas causales explicativas al crimen urbano y en particular a la inexorable vulnerabilidad del tejido sub-urbano; articulando a dichas consideraciones las opciones emergentes conformadas por los nuevos hábitats residenciales de acceso controlado desde la coyuntura de su impacto socio-estructural y resultantes físico-espaciales.

La criminalidad en nuestros centros urbanos emerge como producto de la irreflexión y los excesos que caracterizan globalmente a cualquier metrópolis desarrollada o en vías de desarrollo. Resulta impresionante como el Estado y la sociedad en pleno lucen absortas frente a esta vorágine, que para algunos puede parecer muy próxima al umbral a partir del cual se pierde el control. Sin embargo aflora paradójico y un tanto irrisorio este sentido de sobresalto; tal parece que olvidamos nuestra incuestionable participación como entes creadores de tan ominosa situación. Ciertamente décadas de incesantes distorsiones valorativas - caracterizadas por un insaciable fetichismo hacia el consumo, articulado al culto por toda forma de morbosidad o género de violencia - deberán producir lo no-racional,

Para validar tal afirmación consideremos a manera de ejemplo la forma física que adjudicamos a nuestras ciudades. Estas albergan en su fisionomía una multiplicidad de complejidades e insensibilidades atentivas a la figura del ciudadano.

Nuestras zonas metropolitanas se caracterizan por una abundante cantidad de espacios impersonales, muchas veces inentendibles, que marginan, corroen y desvirtúan la integridad del ser humano mediante la masiva segregación de la escena citadina.

En nuestra desenfrenada carrera por la expansión, desarrollo y crecimiento urbano (que supone producción y reproducción económica) privamos a nuestros semejantes de la inmensurable aventura de moldear su conducta, sentido de equilibrio comunal y comprensión de su auténtica naturaleza multidimensional. Le condicionamos a un continuo despliegue de calles, puentes y edificios carentes de armonía e integración. Generamos urbanizaciones que le aíslan por cuanto no se interconectan armónicamente. El resultado es la enajenación que conduce a toda forma de insensibilidad social; ciudades estructuralmente incomprensibles y físicamente monótonas donde se fracciona, determina y dimensiona la existencia de sus habitantes.

¿Cuántas veces hemos dicho o escuchado decir que la fragmentación o distribución de usos en ciudades representa una necesidad incuestionable y que la consecución de una totalidad articulada pertenece tan sólo al campo de las utopías? Esta percepción ha redundado en una impropia conformación estructural de la ciudad, donde el sentido de integralidad funcional ha sido

extraviado. La notable propensión a la ocupación desarticulada y fragmentada del espacio supone el uso de modelos de diseño arbóreo, que interpretan la ciudad como una colección de elementos aislados por usos específicos, cuyo único vínculo o conexión se alcanza mediante la red viaria. Las ciudades adquieren de este modo un patrón fisionómico similar al de los árboles con múltiples vías de rodaje que le asemejan a troncos y ramas mediante los cuales se accesan los diversos espacios de trabajo, vivienda, recreación o comercio. Cuando pensamos en términos de árboles, alteramos la humanidad y riqueza de una ciudad viva por una simplicidad conceptual que sólo beneficia a diseñadores, planificadores, administradores y promotores. Cada vez que se destruye un trozo de ciudad y se reemplaza la retícula preexistente por un entramado arbóreo, la ciudad inexorablemente se acerca a la disociación.<sup>1</sup>

La estructura social y urbana resulta disfuncional - como totalidad concreta - al ser desarrollada sobre un esquema de entramados arbóreos. Esta práctica genera sobre el ciudadano una profunda pérdida de pertenencia comunitaria y sentido de territorialidad, que redundando en el descontrol de los comportamientos colectivos y eventualmente degenera en diversas formas de violencia y crimen. Podemos argüir frente a lo esbozado que el precio que una sociedad debe pagar por su crecimiento demográfico y expansión físico-espacial es la gradación del control y gobernabilidad sobre sus partes individuales.

Las presiones y reclamos colectivos por orden y seguridad social han conducido al Estado a legitimizar el cierre de calles y zonas urbanas como alternativa de control delictivo. No obstante, consideramos en extremo cuestionable, a mediano y largo plazo, la deseabilidad de semejante medida al ponderar sus futuras repercusiones sobre la macro-estructura citadina. Examinemos en mayor detalle este planteamiento.

En términos teóricos los nuevos proyectos urbanos de acceso controlado se erigen sobre un modelo de intervención preventiva en favor del medio ambiente residencial cuyo objetivo es disuadir al criminal de su intención delictiva a través de la creación de barreras físicas y simbólicas. Lo que conduce a preponderar los conceptos de territorialidad, imagen, jerarquía y seguridad. La manipulación y conjunción de estos componentes supone un efecto minimizador de los niveles delictivos sobre el escenario urbano.

La configuración preventiva se alcanza mediante un cuidadoso tratamiento fisionómico de factores contextuales. Lo que sugiere que el diseño ambiental y su articulación con la posición espacial de la edificación generen los elementos estructurales necesarios para constituirle en un *espacio defendible*. De este modo queda planteado que mediante el diseño físico es posible crear zonas perciblemente territoriales, o sea áreas de marcada influencia vecinal. Desde esta vertiente el criminal pasa a ser entendido y definido como una suerte de ente foráneo exógeno al área residencial. Si bien es cierto que en términos micro-espaciales las zonas tratadas mediante este paradigma adquieren una fehaciente estabilidad -en tanto logran un incuestionable declinar de sus índices delictivos-, no menos cierto resultan los desequilibrios e inestabilidades que su marcada diferenciación estructural podrían producir al entorno macro-espacial. Un análisis prospectivo de escenarios desprendidos de estos ambientes urbanos refleja el siguiente cuadro situacional:

1. Habrá una paulatina segregación espacial mucho más evidente y severa que la registrada al presente. Los precios de los diversos proyectos urbanos resultarán ser desmedidamente altos. Esta condición excluirá a los sectores medios y bajos

incapaces de sufragar estos costos por concepto de vivienda propia.

2. Las corrientes inflacionarias seguirán haciendo de la clase media una cada vez más insolvente. Su lugar de residencia y sus estilos de vida se acercarán cada día más a estratas sociales económicamente inferiores, conduciendo a una inevitable polarización de clases.

3. El patrón urbano que enfatiza en los controles de sus accesos y entornos, fomentará el aislamiento y la enajenación social, e incrementará el escepticismo, la negación de la realidad colectiva y el hermetismo social. Las ciudades tenderán a ser mucho más cerradas y departamentalizadas por estos proyectos nuclearizados, desconectadas del entorno y de las comunidades periféricas. En consecuencia se reivindicará al criminal - al igual que las actividades ilícitas que estos representan - a través del escepticismo social que proyectan.

4. Habrá cambios y evidentes complicaciones en las políticas públicas vigentes y en los servicios a las comunidades.

5. Habrá una marcada puesta en cuestión del poder del Estado y de su capacidad de dominio y diligencia frente al crimen. Por otro lado se puede vislumbrar un incremento en el uso de los mecanismos privados de represión para guardar el orden social.

6. Estos proyectos urbanos con controles de acceso, su endoso y proliferación, representan simbólicamente un explícito reconocimiento de la primacía y dominio que poseen las prácticas ilegales sobre el espacio. Prácticas que forzarán a la

ciudadanía a desarrollar patrones de hermetismo colectivo, respaldados por todo un montaje comercial que se nutre de ellos y de la caótica condición social.

7. En términos de accesibilidad en casos de emergencias o desastres naturales estas barreras representarán serios inconvenientes, poniendo en peligro la vida y propiedad de la comunidad en pleno.

En síntesis, las unidades vecinales representan instrumentos de enorme utilidad en tanto y en cuanto estén orientadas a la acción pluriclasista. Pero el replanteamiento de estas unidades vecinales a través de estos nuevos formatos urbanos redundan en productos y subproductos detrimentales a nuestra formación social. Quisiera concluir citando de Eduardo Césarman<sup>2</sup> una porción de su trabajo *Hombre y Entropía* que en buena medida avala las consideraciones antes esbozadas:

"La tendencia de ciertos segmentos del sistema-sociedad y de ciertas clases sociales a aislarse constituye un factor de rigidez y por tanto de fragilidad de estos grupos de seres humanos. El aislamiento y exclusividad de una banda o un círculo restringido pone de relieve su espíritu antisocial. Pero este mismo espíritu se encuentra dondequiera que un grupo tenga sus intereses propios, que lo aíslan de la plena interacción con otros grupos, de suerte que su propósito predominante es la protección de lo que han adquirido, en vez de la relación y progreso mediante relaciones más amplias. Esto caracteriza a las naciones que se aíslan unas de otras; a las familias que se recluyen en sus preocupaciones domésticas, como si no tuvieran conexión con una vida mas

amplia; a las escuelas cuando se separan de los intereses del hogar y de la comunidad; a la división entre ricos y pobres, cultos e incultos. El punto esencial es que el aislamiento produce ... ideales estáticos y egoístas dentro del grupo. No es accidental que las tribus salvajes consideren como sinónimos a extranjeros y enemigos. Los diversos grupos en que se divide el sistema-sociedad y que lo estructuran, al aislarse pretenden disminuir su propia entropía y permanecer alejados del caos ambiental con esta falta de comunicación, de intercambio y tolerancia a todo lo que parezca *ajeno y externo*; sin embargo, lo único que logran en este proceso es aumentar su rigidez, cerrar las puertas al pensamiento renovador capaz de utilizar la energía que les permita evolucionar y adaptarse al cambio e incorporarse al proceso de integración de todo el sistema-sociedad." ■

NOTAS AL CALCE:

<sup>1</sup> Esta interpretación conceptual de la ciudad es discutida ampliamente por Christopher Alexander en su trabajo *A Pattern Language*, Oxford University Press. N.Y. 1977.

En adición recomendamos del mismo autor *A New Theory of Urban Design Part #1 Theory* Oxford University Press. N.Y. 1977.

<sup>2</sup> *Hombre y Entropía. Termodinámica Social* Vol. #1 y #2, Ediciones Gernika 1973. También de George Baladier. *El Desorden, La Teoría del Caos y Las Ciencias Sociales (Elogio a la fecundidad del movimiento)*, Editorial Gedisa, Barcelona, España 1990.